

# PELIGRO MORTAL

(Conclusión)

de 1980

## CAPÍTULO V

### LA POSTRACION DE RUSIA

Moscú no es la Unión Soviética. Desde principios de la década del '30 se ha mantenido un nivel general de vida en la Capital que resulta muy superior al del resto del país. La situación se sostiene artificialmente mediante la explotación indiscriminada de la población que no vive en la Ciudad, a expensas, en particular, de los que viven en zonas rurales. (Lo mismo podría decirse parcialmente de Leningrado y de algunos establecimientos científicos restringidos). Es así que durante más de medio siglo la población moscovita ha gozado de una dieta artificialmente incrementada y mantenida a un nivel psicológico muy diferente al del resto del país, explotado en su beneficio. (Los bolcheviques aprendieron la lección en 1917, cuando la Revolución de Febrero irrumpió en la famélica ciudad de Petrogrado). Es así que Moscú ha venido a resultar un pequeño mundo muy especial: en términos de confort material está por encima del nivel medio del resto del país, ubicándose así en algún punto intermedio entre la U.R.S.S. y Occidente y puede decirse que, en estos términos, se encuentra a una distancia de proporción similar a la que existe entre Occidente y Moscú. Sea como fuere, esto significa también que cualquier juicio fundado en la experiencia moscovita debe corregirse significativamente antes de poder extenderse a la experiencia soviética en general. La auténtica vida soviética sólo puede verse en los pueblos de provincia, en las zonas rurales, en los campos de trabajo y en las rudas condiciones del ejército en tiempos de paz.

Por mi parte, he pasado los cincuenta y cinco años de mi vida en el Soviet en las áreas más alejadas de la U.R.S.S., no habiendo jamás gozado de los privilegios de residir en la capital. Puedo, pues, juzgar desde mi propia experiencia sin tener que

efectuar semejante ajuste de miras, y, por tanto, mis comentarios no se refieren a Moscú, sino al país en un todo.

Para empezar, la visión occidental se ha visto empañada por el falso *cliché* según el cual los rusos son la "nacionalidad que gobierna" a la U.R.S.S. No hay tal cosa y nunca la hubo desde 1917. Durante los primeros quince años de Poder Soviético, le tocó en suerte a los rusos, ucranianos y bielorrusos soportar el golpe paralizante, devastador, del comunismo (la tasa de natalidad decreciente de años recientes encuentra sus raíces en este período), y en el proceso, sus clases dirigentes, su clero, su tradición cultural e *intelligentsia*, del mismo modo que el sector del campesinado que hasta entonces se había destacado en la producción de alimentos, fueron literalmente barridos, sin dejar rastro alguno. Los nombres más ilustres del pasado ruso fueron envilecidos y asimilados a delincuentes, la historia del país fue sistemáticamente invertida, decenas de miles de iglesias fueron arrasadas, pueblos y calles fueron rebautizados con el nombre de verdugos... prácticas que uno sólo podría esperar de un ejército de ocupación. Pero a medida que los comunistas se sentían más seguros trataron del mismo modo a cada una de las restantes repúblicas nacionales, actuando sobre la base de un principio igualmente caro a Lenin, Hitler y el rufián común: aplastar a los enemigos uno por uno. Así, en la U.R.S.S. simplemente no había una "nacionalidad gobernante": los internacionalistas comunistas jamás necesitaron semejante cosa. La decisión de conservar el ruso como lengua oficial fue puramente mecánica; después de todo, alguna lengua tenía que desempeñar ese rol. El único resultado que ha traído este uso del ruso ha sido el de mancillar la lengua; no ha alentado a los rusos a creerse señores de la situación: no alcanza con que el violador se dirija a su víctima en su propio lenguaje para suavizar el hecho en sí de la violación. Y el hecho de que a partir de fines de los '30 se incrementara la proporción de rusos y ucranianos en el liderazgo del comunismo no contribuyó en modo alguno a una mayor hegemonía por parte de esas naciones. La misma ley se aplica al mundo entero (en China también, y en Corea). Confundir, o tratar de confundir su suerte con el liderazgo del partido comunista, no es sólo equivalente al repudio de la propia nación, sino a la humanidad misma.

Pero las ovejas más grandes dan más lana y así durante el período soviético ha sido la R.S.F.S.R.<sup>8</sup> que ha soportado la carga principal de opresión económica. Temiendo una erupción de resistencia nacional, las autoridades fueron un poco más cautelosas al instrumentar sus medidas económicas sobre las demás repúblicas

<sup>8</sup> R. S. F. S. R. es la designación oficial de la parte del país que permanece cuando se le restan las catorce "repúblicas nacionales".

nacionales. El inhumano sistema del "kolkhoz" se instaló por doquier; no obstante, el margen de ganancias para un kilo de naranjas de Georgia era incomparablemente mayor al de un kilo de papas rusas cosechadas con inmenso esfuerzo laboral. Cada una de las repúblicas fue explotada sin misericordia, pero el último grado de explotación fue alcanzado en la R.S.F.S.R., de manera que hoy en día las zonas más afectadas por la pobreza son los villorrios rusos. Lo mismo puede decirse de los pueblos provincianos rusos que no han visto carne, manteca o huevos durante décadas enteras y que sólo pueden soñar con comida tan sencilla como los tallarines o la margarina.

La subsistencia en niveles tan bajos —; durante medio siglo!— está llevando a la degeneración biológica de la gente, a un declinar de sus potencias físicas y espirituales, un proceso intensificado por una propaganda política alienante, por la violenta erradicación de la religión, por la supresión de cualquier signo de cultura, en donde el alcoholismo resulta la única forma de libertad posible, donde las mujeres están doblemente extenuadas (debiendo trabajar para el Estado en un pie de igualdad con los hombres y también en la casa, sin ayuda doméstica alguna), y en donde sus hijos son sistemáticamente bombardeados por las distintas formas de lavado de cerebro colectivos. La moralidad pública ha decaído de manera drástica, debido no a alguna falencia inherente a la gente, sino a la falta de sustento por parte de los comunistas —tanto físico como espiritual— y al hecho de que han terminado con todos los que habrían podido brindar ayuda espiritual, principalmente los sacerdotes.

La conciencia nacional rusa ha sido suprimida hoy en día y humillada hasta un punto increíble por todo lo que ha soportado y continúa soportando. Es como la conciencia de un hombre que se da cuenta que una larga enfermedad lo ha puesto al borde de la muerte y que sólo puede soñar en descansar y recuperarse. Los pensamientos y aspiraciones de una familia en las profundidades de Rusia son inmensamente más modestos y tímidos de lo que pueda imaginar un corresponsal occidental en sus holgadas conversaciones moscovitas. Así es como piensan: si sólo se fuera el déspota local del comunismo y dejara su incontrolada tiranía de lado . . . si pudieran conseguir, por una vez aunque más no fuera, lo bastante para comer . . . si pudieran comprar zapatos para sus hijos y obtener suficiente combustible para el invierno . . . si pudieran conseguir suficiente techo como para vivir, aunque no fuera más que de dos por cuarto . . . si sólo se abriera una iglesia a doscientos kilómetros de donde viven . . . si sólo se levantara la prohibición de bautizar a sus hijos y educarlos en la distinción del bien y del mal . . . y si pudieran, si pudieran alejar al Padre de la botella . . .

Y sin embargo es precisamente este anhelo de parte del ruso

de tierra adentro, de levantarse y vivir como hombre, no como bestia, de reconquistar alguna porción de su conciencia nacional y religiosa, lo que los informantes locuaces y gárrulos de Occidente dan en llamar "chauvinismo ruso" y la amenaza suprema a la humanidad contemporánea, una amenaza mucho peor que el bien alimentado dragón comunista cuyas garras están ya levantadas, erizado con tanques y cohetes, sobre lo que queda del planeta. ¡Son *estos* infortunados, este pueblo mortalmente enfermo, completamente indefenso para salvarse de su ruina, los que son acusados de mesianismo fanático y nacionalismo militante!

Es sólo un fantasma para asustar a los crédulos. El simple amor a la patria de uno, el sentimiento patriótico, es hoy caratulado como "nacionalismo ruso". Pero no resulta posible que nadie incite a semejante nacionalismo militante a un país que durante cincuenta años no ha tenido el suficiente pan para comer. No es el ruso medio el que se siente compelido a tener cautivas a otras naciones, a mantener enjaulada a Europa Oriental, a capturar y armar tierras lejanas; todo esto responde a las malignas necesidades del Politburó. En cuanto al "histórico mesianismo ruso", se trata de un disparate maquinado: ya han pasado varios siglos desde que algun sector del gobierno o de la *intelligentsia* que influya sobre la vida espiritual del país haya sufrido la peste del mesianismo. En verdad, me parece inconcebible que en nuestra sórdida época exista siquiera algún grupo humano en el mundo que tuviera el descaro de considerarse "elegido".

Todos los pueblos de la Unión Soviética necesitan un largo período de convalecencia despues del desastre comunista y en particular el pueblo ruso, que soporto la más violenta y sostenida matanza entre todos ellos, requerirá tal vez 150 ó 200 años de paz e integridad nacional para recuperarse. Pero una Rusia de paz e integración nacional es incompatible con la locura comunista. Un despertar nacional ruso y su liberación marcaría el hito de la caída del Soviet y, con eso, la del comunismo mundial. Y el comunismo soviético está muy consciente de que está siendo abolido por la conciencia nacional rusa. Para aquellos que de veras aman a Rusia ninguna reconciliacion con el comunismo ha sido jamás posible, ni lo será jamás. Esta es la razón por la cual el comunismo se ha mostrado más inflexible en su tratamiento para con los cristianos y los que abogan por el renacimiento de la Nación. Durante los primeros años, esto significó ejecuciones en masa; después se dejó a las víctimas para que se pudran en los campos de concentración. Pero al día de hoy la persecución continúa inexorablemente: Vladimir Shelkov fue llevado a la muerte con sus 25 años de campos de concentración<sup>9</sup>, Ogurtsov ya ha cumplido 13

<sup>9</sup> Vladimir Shelkov, cabeza de la rama independiente de la Iglesia Ad-

años, mientras que Osipov doce <sup>10</sup>; este invierno el “Comité Cristiano para la Defensa de los Derechos del Creyente” —organización completamente apolítica— fue aplastada <sup>11</sup>; los sacerdotes Padres Gleb Yakunin y Dimitri Dudko han sido arrestados <sup>12</sup> y los miembros del Seminario Cristiano de Ogorodnikov fueron encarcelados <sup>13</sup>. Las autoridades no tratan de ocultar que están bariendo la Fe Cristiana con toda la fuerza de su maquinaria de terror. Y en este preciso instante, mientras los círculos religiosos de la U.R.S.S. son perseguidos con brutal ferocidad, ¡cuán fino y edificante resulta oír la campaña de calumnias contra la Ortodoxia Rusia ventilada por la prensa occidental!

La actual campaña anti-rusa ha comenzado a florecer en los principales diarios americanos con información proporcionada por occidentales ... y resulta de gran valor y muy estimulante para el comunismo soviético (aunque no tengo ganas de insistir con el hecho de que toda la campaña es obligadamente inspirada por el Soviet).

Para Occidente, de otra parte, esta campaña invierte los hechos induciendo a temer a su aliado natural —el oprimido pueblo ruso— y, por el contrario, confiar en su enemigo mortal, el régimen comunista. Se convence a los occidentales de que presten generosa ayuda a este régimen, que la necesita con tanta urgencia después de medio siglo de quiebra económica.

## CAPÍTULO VI

### ¿CUANDO MANDA EL COMUNISMO?

Pero aún una nación humillada, derrotada y derruida, continúa físicamente existiendo y las autoridades comunistas (sea en la U.R.S.S., en China o en Cuba) tienen en mira obligar a los

---

ventista en la Unión Soviética. Murió en un campo de concentración de régimen estricto en enero de 1980. Tenía 84 años de edad.

<sup>10</sup> Igor Ogurtsov encabezó una organización que bregaba por la reconstrucción de Rusia sobre principios cristianos. Arrestado en 1967, fue condenado a veinte años de prisión y exilio. Vladimir Osipov, editor de *Veche*, un diario del Samizdat dedicado a temas nacionalistas y religiosos, fue condenado a cumplir ocho años de prisión en 1975. Ya había estado preso por sus anteriores actividades disidentes.

<sup>11</sup> El “Comité Cristiano” se fundó en 1976.

<sup>12</sup> Fr. Gleb Yakunin, miembro fundador del “Comité Cristiano” y abierto crítico de la política complaciente del Patriarcado Moscovita, fue arrestado en noviembre de 1979. Fr. Dimitri Dudko atrajo a miles de personas —incluyendo a estudiantes e intelectuales— a la Iglesia Ortodoxa Rusa, principalmente mediante sus notables sermones. Fue arrestado en enero de 1980.

<sup>13</sup> En 1974 Aleksandr Ogorodnikov lanzó un grupo de estudios en Moscú

El plan del  
Sov. X  
con Rusia

pueblos a que sirvan sin mengua como fuerza de trabajo y, de ser necesario, como fuerza de combate. No obstante, cuando se llega al tema de la guerra, la ideología comunista ha perdido hace mucho todo su poder magnético; en la U.R.S.S. no entusiasma a nadie. La intención del Régimen es, pues, obvia: tomar el mismo sentimiento nacional ruso que ellos mismos han estado persiguiendo y explotarlo una vez más para su nueva guerra en pos de sus brutales ambiciones imperialistas. Pero hay más. A medida que se recurre a este expediente con más y más vigor ante el fenómeno de un comunismo ideológicamente moribundo, se efectúa una apuesta que entraña sus riesgos puesto que se está sacando de los sentimientos nacionales la fuerza y poder del que ellos mismos adolecen. Ciertamente hay aquí un peligro real.

Los informantes discutieron originalmente este peligro y, a decir verdad, no reconocen ningún otro fuera de éste (que es para ellos mucho más grave que las aspiraciones verdaderas del espíritu nacional). De aquí que cuando razonan groseramente, nos insultan de antemano con los motes de chauvinistas y fascistas. Por el contrario, cuando están de ánimo más circunspecto razonan del siguiente modo: Desde que se ve claramente que cualquier renacimiento religioso o nacional del pueblo ruso puede ser explotado por las autoridades del Soviet para sus propósitos perversos, debe Ud. desaprobarnos no sólo este renacimiento sino también repudiar cualquier aspiración nacional, sea la que fuere.

Pero entonces las autoridades soviéticas tratan de explotar también la emigración de los judíos de la U.R.S.S. con el fin de caldear los sentimientos antisemitas —y no sin éxito: “¿No ves? ¡Son los únicos que pueden escaparse de este infierno, y Occidente envía bienes para pagar por ello!”—. ¿Se sigue de esto que estamos legitimados para aconsejar a los judíos que renuncien a su empresa de rescate de sus orígenes espirituales y nacionales? Desde luego que no. ¿Acaso no tenemos todos el derecho de vivir nuestra vida sobre la tierra y pugnar hacia nuestros objetivos propios sin importarnos lo que puedan pensar o escribir los demás y sin preocuparnos por las fuerzas oscuras que tratan de explotar estos objetivos para sus propios fines?

¿Y por qué tenemos que hablar del futuro? Tenemos para aprender del pasado reciente. En el período que va de 1918 a 1922 a lo largo y ancho de Rusia millares de campesinos enfrentaron las ametralladoras del Ejército Rojo armados con sus instrumen-

para la discusión de cuestiones filosóficas y religiosas. La idea se amplió a los círculos universitarios y pronto se organizaron seminarios cristianos similares en Leningrado, Smolensk y otras ciudades. Ogorodnikov fue arrestado en 1978 y varios más de sus figuras prominentes en 1979.

tos de labranza (e incluso se han registrado casos en que las enfrentaban con sus íconos solamente); veían en el bolcheviquismo una fuerza incompatible con la existencia misma de su nación. Y fueron diezmados.

¿Y qué decir del período 1941-1945? Fue entonces que el comunismo tuvo éxito por primera vez en sus intentos por ensillar y manejar al nacionalismo ruso: se perdieron millones de vidas y ocurrió a la vista del resto del mundo. El asesino ensilló a su víctima, ya medio muerta, pero en América y Gran Bretaña nadie se escandalizó; el mundo occidental respondió con unánime entusiasmo y se le perdonó a "Rusia" todas las cosas desagradables que se asociaban con su nombre y por sus pecados y omisiones del pasado. Por primera vez, se transformó en objeto de halagos y aplausos (paradójicamente, esto sucedía cuando dejaba de ser ella misma), porque entonces este caballo ensillado estaba salvando al mundo occidental de Hitler. Ni tampoco oímos entonces reproches de que esto constituía "el peligro supremo", bien que se trataba precisamente de eso. En ese período Occidente se negaba a pensar siquiera que los rusos podían tener ideas o sentimientos ajenos al comunismo.

¿Pero cuáles eran los sentimientos reales de los pueblos bajo dominación soviética? Aquí va. El 22 de junio de 1941, a propósito del lloroso y dramático discurso del Viejo Stalin <sup>14</sup>, la población entera de edad adulta, de cualquier nacionalidad (con excepción de las generaciones jóvenes, cretinizadas por su educación marxista), contuvo la respiración, expectante: ¡Nuestros chupasangre la han ligado! Pronto seremos libres. ¡El maldito comunismo ha muerto! Lituania, Latvia y Estonia dieron una jubilosa recepción a los alemanes. Bielorusia, Ucrania occidental y los primeros territorios rusos también. Pero el humor del pueblo quedó sobre todo demostrado gráficamente por el Ejército Rojo que, ante la mirada del mundo entero, se replegó a lo largo de un frente de 2000 kilómetros, a pie, pero con una velocidad de unidades motorizadas. Nada podría ser más convincente que la manera en que estos hombres, soldados profesionales, votaron con sus pies. Pese a su superioridad numérica, su excelente artillería y el poder de sus tanques, retrocedieron . . . una fuga desordenada que no reconoce precedentes en los anales de la historia rusa y mundial. ¡En tres meses unos tres millones de oficiales y soldados habían caído en manos del enemigo!

Así era el humor popular . . . el humor de pueblos que habían

<sup>14</sup> El 3 de julio de 1941, casi dos semanas después del ataque alemán a la U. R. S. S., Stalin pronunció su primer discurso radiofónico en tiempo de guerra. Con voz densa por la emoción se dirigió a sus radioescuchas como "hermanos y hermanas" y "amigos".

vivido bajo el comunismo durante veinticuatro años o durante el escaso término de un año<sup>15</sup>. Para ellos, todo giraba en torno a tratar de quitarse de encima el flagelo comunista, y así veían la guerra. De manera bastante comprensible cada pueblo estaba abocado a la tarea de resolver, no el problema de Europa, sino el de su propia nación. Y el problema era cómo liberarse del comunismo.

¿Acaso vio Occidente esta catastrófica retirada? No podía mirar para otro lado. ¿Pero acaso aprendió alguna lección de todo ello? No, enceguecido por sus propios dolores y ansiedades, al día de hoy no entiende todavía lo ocurrido. Sin embargo, si se había comprometido solemnemente a combatir por y defender al principio de libertad *universal*, no debiera haberse valido de préstamos y arriendos para comprar la ayuda asesina de Stalin y fortalecer así su dominio sobre las naciones que buscaban su propia libertad. Occidente debió haber abierto un frente independiente contra Hitler y tratar de aplastarlo con sus propias fuerzas. Los países democráticos tenían el poder de hacer esto pero no lo quisieron, prefiriendo escudarse con los infortunados pueblos de la U.R.S.S.

Después de veinticuatro años de terror, de ninguna manera podría el comunismo haberse salvado, persuadiendo y ensillando al nacionalismo ruso. Pero, como resultaron las cosas (privados como estábamos de información en el hermético mundo comunista, no teníamos cómo anticipar esto), otro flagelo similar se nos venía encima desde el Oeste, un flagelo, además, que venía con su misión anti-nacional muy específica: aniquilar al pueblo ruso en parte y esclavizar a los sobrevivientes. Y la primera cosa que hicieron los alemanes fue restablecer el sistema de chacras colectivas (cuyos miembros se habían dispersado en todas las direcciones) para explotar al campesinado de manera más eficaz. Así el pueblo ruso se encontró atrapado entre el martillo y el yunque; enfrentado a dos adversarios feroces, era natural que favoreciera al que hablaba su propio idioma. Así fue que nuestro nacionalismo fue obligado a dejarse ensillar por el comunismo. De un solo golpe el comunismo pareció olvidar todos sus slogans y doctrinas, permaneciendo sordo a todas ellas por algunos años; se dejó de lado al Marxismo, en tanto que frases sobre "la gloriosa Rusia" se repetían hasta el hartazgo; llegaron tan lejos que inclusive restauraron la Iglesia ... pero todo esto sólo duró hasta el final de la guerra. De tal manera que nuestra victoria en esta guerra maléfica sólo sirvió para ajustar la soga alrededor de nuestro cuello.

<sup>15</sup> Varios países y territorios fueron anexados por la U. R. S. S. entre 1939 y 1940. Entre otros, Ucrania Occidental y Bielorusia Occidental (desgajada de Polonia en 1939), Estonia, Latvia, Lituania, Bukovina del Norte y Bessarabia.

Pero existió también un movimiento ruso que buscó un tercer camino: trató de tomar ventaja de esta guerra, pese a lo dificultoso de la empresa, para liberar a Rusia del comunismo. Esos hombres no eran en ningún sentido simpatizantes de Hitler; la integración a su imperio era involuntaria y en sus corazones sólo consideraban aliados a los países de Occidente sin ninguna de las duplicidades que sentían los comunistas. Pero para Occidente, cualquiera que quería liberarse del comunismo durante la guerra era considerado un traidor a la causa occidental. Cada nación en la U.R.S.S. podía ser borrada del mapa sin que al mundo occidental se le moviera un pelo y cualquier cantidad de millones de hombres podían morir en los campos de concentración con tal de que pudieran salir de esta guerra exitosamente y cuanto antes. Así fue que cientos de miles de rusos y cosacos, tártaros y caucásicos, fueron sacrificados; ni siquiera se les permitía rendirse a los americanos, sino que eran reenviados a la Unión Soviética para enfrentarse con los castigos y ejecuciones que allí les esperaban.

Más escandalosa aún fue la manera en que los ingleses y americanos entregaron a las vengativas manos de los comunistas cientos de miles de pacíficos ciudadanos ... convoyes de hombres ancianos, mujeres y niños, así como también soldados ordinarios y trabajadores utilizados por los alemanes ... se los entregó contra su voluntad y aún después de ver cómo algunos se suicidaban. Algunas unidades británicas dispararon sobre esta gente que fue objeto de golpes y bayonetas y que "por alguna razón" no querían retornar a su patria. Más increíble aún es el hecho de que ninguno de estos oficiales americanos y británicos no sólo nunca fue castigado u objeto de sanción alguna sino que durante casi treinta años la libre, orgullosa y desencadenada prensa de estos dos países unánimemente y con estudiada inocencia guardó riguroso silencio sobre la traición de sus gobiernos. ¡Durante treinta años no se presentó ni una pluma honesta! ¡Ciertamente que esto es lo más increíble de todo lo que ocurrió! En este único caso la continua tradición occidental de publicidad de pronto falló ... ¿Por qué?

Entonces, parecía más ventajoso comprar a los comunistas con un par de millones de personas algo estúpidas y de este modo conseguir la paz perpetua.

De la misma manera —y sin necesidad real— toda Europa Oriental fue sacrificada a Stalin.

Ahora, treinta y cinco años después, podemos calcular el costo de esta sabiduría: la seguridad entera de Occidente depende exclusivamente de la no avistada fractura Sino-Soviética.

## UNA SUCESION DE ERRORES

El mezquino y ruinoso error de Occidente durante la Segunda Guerra Mundial se ha repetido desde entonces una y otra vez, siempre con el ferviente deseo de evitar la confrontación con el comunismo. Occidente ha hecho todo lo posible para ignorar los asesinatos en masa y las agresiones de los comunistas. Con gran prontitud perdonó lo de Berlín Este (1953), así como lo de Budapest y Praga. Se apuró a creer en las intenciones pacíficas de Corea del Norte (lo que traerá consecuencias que aún están por verse) y en la nobleza de Vietnam del Norte. Se dejó engañar vergonzosamente cuando lo del acuerdo de Helsinki (por el cual pagó con el reconocimiento perpetuo de todas las ocupaciones comunistas de Europa). Se dejó comprar con el mito de una Cuba progresista (aún Angola, Etiopía y Yemen del Sur no han bastado para desencantar al Senador Mc. Govern) y depositó su fe en la alegada llave de salvación que se ve representada en el Eurocomunismo. Participó solemnemente en las interminables sesiones de la hipócrita Conferencia en Viena sobre el Desarme Europeo. Y después de abril de 1978 trató durante casi dos años de no darse cuenta de la toma de Afganistán. Los historiadores y observadores del futuro se asombrarán ante tanta ceguera y cobardía y no sabrán cómo explicarlo. Sólo el terrorífico genocidio camboyano ha servido de ilustración a los occidentales sobre cuán profundo es el abismo letal (que a nosotros nos resulta familiar por haberlo vivido durante sesenta años), pero aún en este punto, pareciera que la conciencia occidental ya se está endureciendo y dejándose distraer.

Es tiempo ya para que todos los ingenuos soñadores se comiencen a dar cuenta de que el comunismo es uno y el mismo en todo el mundo, que siempre es incompatible con el bien de la Nación, que invariablemente lucha para destruir el organismo nacional en el que vive y se va desarrollando, antes de moverse en otra dirección para destruir a su vez otros organismos adyacentes. No importa cuál sea la entidad de las ilusiones sobre las posibilidades de una distensión, nadie podrá jamás lograr una paz estable con el comunismo que sólo es capaz de una expansión sostenida y voraz. Sea cual fuere el último acto de la farsa que es la "détente", el comunismo continúa su guerra ideológica en la que Occidente siempre aparece como el enemigo. El comunismo no desistirá jamás de sus esfuerzos por apoderarse del mundo, sea a través de una conquista directamente militar, mediante la subversión y el terrorismo o a través de una sutil tarea de socavamiento de la sociedad desde su seno. Italia y Francia aún están libres, pero ya

se han dejado corroer por Partidos Comunistas poderosos. Cualquiera ser humano y cualquier sociedad (y especialmente la democracia) trata de esperar lo mejor para sí; es natural, claro. Pero en el caso del comunismo, no hay nada que esperar: no hay reconciliación posible con él, ni con su doctrina. Las únicas alternativas son su triunfo completo en el mundo entero o su total colapso en todas partes. La única salvación posible para Rusia, para China y para el mundo entero es la renuncia total a esta doctrina. De otro modo, el mundo enfrenta su inexorable ruina. La ocupación comunista de Europa Oriental y del este de Asia no terminará nunca; por el contrario, existe el inminente peligro de una invasión en Europa Occidental y en muchas otras partes del mundo. Las posibilidades del comunismo en América Latina y África ya han sido claramente demostradas; de hecho, cualquier país que no tome sus precauciones puede caer en sus garras. Existe, desde luego, la posibilidad de que las cosas cambien y que los agresores comunistas fracasen, como otros agresores del pasado. Ellos mismos creen que la hora de su conquista universal ha llegado y, oliendo la victoria, se apresuran inconscientemente... hacia su derrota. Pero semejante final en una guerra futura le costaría a la humanidad billones de vidas humanas.

En vista de este peligro mortal, uno podría haber creído que el esfuerzo diplomático americano se dirigiría sobre todo a reducir la amenaza del poder de estos jinetes imperialistas, tratando de asegurar que nunca más tendrían éxito en su tarea de ensillar los sentimientos nacionales de una nación y de drenar la vitalidad de un pueblo. Sin embargo no se ha seguido este camino; en realidad se ha seguido un curso opuesto.

La diplomacia norteamericana presenta un espectáculo de treinta y cinco años de torpezas que dan lástima. Los Estados Unidos, tan recientemente el poder dominante en el mundo, el vencedor en la Segunda Guerra Mundial y el líder de las Naciones Unidas, han visto un continuo y rápido —cuando no una humillante erosión de su poder en las Naciones Unidas y en el mundo— proceso que incluso sus aliados de Europa Occidental han venido a homologar. Ha declinado permanentemente respecto de la U.R.S.S.: las cosas han llegado a un punto tal que los senadores americanos hacen visitas de disculpa a Moscú para asegurar que los debates en el Senado no se entiendan mal en el Kremlin. Todo el peso de la diplomacia americana se ha volcado a tratar de postergar cualquier conflicto, aún al costo de una disminución progresiva de las fuerzas americanas.

La lección que se extrae de la Segunda Guerra Mundial es que sólo circunstancias desesperadas e inmisericordes pueden lograr alguna cooperación entre el comunismo y la nación por él escl-

vizada. Los Estados Unidos no han aprendido esta lección: se ha tratado al Soviet y a los gobiernos de Europa Oriental como los genuinos y legítimos voceros de las aspiraciones de los pueblos que han subyugado, y estos falsos representantes han sido objetos de un trato considerado y respetuoso. Esto viene a ser un repudio —en forma adelantada y perjudicial para los intereses americanos— tácito de cualquier manera de alianza con los pueblos oprimidos, que de este modo son firmemente conducidos hacia las garras del comunismo. Esta política deja a los pueblos ruso y chino en un aislamiento amargo y desesperante ... algo que los rusos probaron en 1941.

En los años cincuenta, un eminente representante de la emigración rusa de post-guerra sometió a la Administración americana un proyecto de coordinación de las fuerzas rusas anti-comunistas. La respuesta fue dada por un funcionario americano de alto rango: "No tenemos necesidad de ninguna clase de Rusia, futura ni pasada". Una respuesta presuntuosa, inconsciente y suicida en lo que se refiere a los intereses americanos. El mundo ha llegado ahora a un punto en el que, de no producirse el renacimiento de una Rusia sana y con conciencia nacional, la propia América no sobreviviría y sería aniquilada en una sangrienta confrontación. Sería ruinoso para América no distinguir en semejante instancia —tanto en la teoría como en la práctica— entre los agresores comunistas y los pueblos de la U.R.S.S., arrastrados de manera tan trágica al conflicto. Sería desastroso combatir contra "los Rusos" en lugar de pelear contra el comunismo y así obligar a una repetición de lo ocurrido en 1941, cuando los Rusos puedan una vez más manotear la libertad y no se encuentren con ninguna mano amiga.

La implementación, día a día, de la actual política exterior americana ha servido para sostener la derrota, perversa y perniciosa, de la conciencia nacional rusa frente a su amo comunista. Y ahora, luego de treinta y cinco años de fracasos, la diplomacia americana ha apostado a otra política igualmente estúpida y poco inteligente —a decir verdad, una locura—: utilizar a China como escudo, lo que significa, de hecho, abandonar también a las fuerzas nacionales rusas al yugo comunista que las somete. (En consonancia con esta política se ha incluso llegado a considerar aceptable contribuir con la entrega de Taiwan, a modo de anticipo).

Este acto de traición es un golpe a los sentimientos nacionales, tanto chinos, como también rusos. ("Los americanos apoyan abiertamente a nuestros opresores totalitarios y además los equipan en contra nuestra").

Apenas me animo a preguntar dónde deja esto a los principios de la democracia. ¿Dónde está el tan alabado respeto por la

libertad de todas las naciones? Pero aún en términos puramente estratégicos esta política es muy corta de vista: una terrible reconciliación de ambos regímenes comunistas podría ocurrir de la noche a la mañana y en aquella hora podrían unirse en contra de Occidente. Pero . . . pero, incluso sin semejante reconciliación, una China armada por América sería un adversario considerable para la propia América.

El error estratégico de no reconocer que los pueblos oprimidos son aliados naturales de Occidente ha llevado a los gobiernos occidentales a cometer errores irreparables. Durante muchos años podrían haber tenido acceso libre a los pueblos oprimidos mediante las ondas radiales. Pero este medio no se usó nunca...o bien se lo hizo de manera incompetente. Habría sido fácil para América transmitir programas televisivos vía satélite a la Unión Soviética, pero más fácil aún era abandonar el proyecto después de las protestas furiosas de los soviéticos (que saben qué cosas son de temer). Se sobreentiende que este medio habría requerido una apreciación correcta de las necesidades e intereses intelectuales del sufrido pueblo al que fuera dirigido. Y también se sobreentiende que no se necesitaba transmitir los ofensivos avisos comerciales . . . esto hubiera sido una afrenta para los hambrientos televidentes y, bueno, mejor es nada.

La defectuosa información sobre la U.R.S.S. que llega hasta los americanos trae consigo una falta de comunicación mutua, por lo que resulta que a los americanos también les resulta dificultoso entender lo que parecen, vistos desde el otro lado. Un caso que viene muy a cuento es la sección rusa de "*The Voice of America*" (La Voz de América), que parece hacer un gran esfuerzo en repeler al oyente ruso reflexivo para que no entienda a los Estados Unidos, alienar sus simpatías e incluso escandalizarlo y entristecerlo.

Occidente es incapaz de transmitir programas eficaces y equilibrados, precisamente porque la información que llega de la U.R.S.S. se recibe en forma tergiversada y distorsionada. La sección rusa de la Voz de América con su gran "*staff*" y considerable presupuesto, sirve lastimosamente a los intereses americanos y, de hecho, en muchos casos tiene efectos contraproducentes. Aparte de las noticias y los comentarios políticos circunstanciales, horas enteras de la programación diaria están dedicadas a basura y charlatanería inconsecuente que no puede hacer más que irritar a los millones de radioescuchas hambrientos y oprimidos cuya primera necesidad es que se les cuente la verdad acerca de su propia historia. En lugar de transmitírseles esta historia (repitiéndose a menudo para compensar las dificultades técnicas de la recepción), junto con la lectura de los libros cuya posesión

se castiga con prisión en la U.R.S.S., en lugar, digo, de reforzar el espíritu anti-comunista de estos aliados potenciales de los EE. UU., horas enteras del tiempo de radio se llenan con informes frívolos acerca de las actividades entusiastas de los que coleccionan botellas de cerveza y las delicias de un crucero transatlántico (la comida fina, el casino, la discoteca son objeto de una descripción particularmente minuciosa), con detalles biográficos de algún cantante de rock americano, cualquier cantidad de noticias sobre deportes (que los ciudadanos soviéticos no tienen inconveniente en obtener en cualquier otro medio) y jazz que se puede escuchar en cualquier otra radio extranjera. (No parece más feliz tampoco la política de transmitir los relatos de recientes inmigrantes judíos a los EE.UU. que cuentan con lujo de detalles todo lo referente a su nueva vida, su trabajo y cómo son felices aquí. Como en la U.R.S.S. todo el mundo sabe que sólo los judíos tienen derecho a emigrar, estos programas no hacen más que fomentar el antisemitismo reinante.) Está bastante claro que los directores de la Voz de América están constantemente tratando de no airar a los líderes soviéticos. En su celo por servir a la causa de la distensión, sacan de sus programas todo aquello que pudiera irritar a los comunistas en el poder. Existen muchos ejemplos de semejante deferencia servil para con el Comité Central de la C.P.S.U., pero me conformaré con dos ejemplos de mi propia experiencia por la sencilla razón de que me resulta más fácil documentar los casos. Mi declaración concerniente al arresto de Alexander Ginzburg, el 4 de febrero de 1977, consistía en tres párrafos, dos de los cuales fueron censurados por la radio en cuestión, y son estos:

“Esta represalia afecta a los occidentales mucho más de lo que pudiera pensarse a primera vista. Se trata de un paso más en la despiadada y universal política soviética de asegurar la retaguardia para facilitar las operaciones de ofensiva que se han ido llevando a cabo de manera tan exitosa en los últimos años y que sólo pueden ser intensificadas en el futuro: un asalto sobre la fuerza, espíritu y existencia misma de Occidente.”

Mi declaración en la Audiencias sobre Sakharov de 1977 en Roma fue rechazada por la Voz de América a raíz del siguiente párrafo:

“... (me gustaría) creer que las terroríficas historias oídas en vuestra tribuna fueran a perforar la sordera del bienestar material que no responderá sino a la trompeta del Apocalipsis, pero que desoír cualquier sonido menor. Es mi deseo que penetren la conciencia de esos individuos miopes que están tan contentos con relajarse en el baño de las venenosas melodías del Eurocomunismo.”

Los castos guardianes de la Voz de América no podía permi-

tir que semejantes palabras llegaran a oídos de sus radioescuchas del Este, o, para el caso, de los del Oeste. Pero esto no es lo peor: de a ratos la Voz de América baila al son de la música del régimen comunista y efectivamente resulta indiferenciable de una radio moscovita cualquiera. Un programa reciente a propósito de la enfermedad de Tito anunció que también había “noticias jubilosas” para dar, procedentes de Yugoslavia: en los días de la enfermedad del líder, ¡miles de ciudadanos se afilian masivamente al Partido! ¿Hay acaso alguna diferencia entre esto y la insultante charlatanería stalinista-leninista que se propala desde los altoparlantes soviéticos a diario? Semejante programa sólo puede hacer que los oyentes soviéticos duden de la salud mental de quienes lo transmiten. Y el programa religioso prácticamente excluye a los servicios de la Iglesia Ortodoxa, que es lo que los oyentes rusos más necesitan, visto que han sido privados de sus iglesias. Durante el escaso tiempo dedicado a la Religión en un todo, se recorta lo referente a la Ortodoxia (como se la persigue en la U.R.S.S.) porque se trata de “una religión nada característica en los EE.UU.”. Tal vez sea cierto, pero, ¡por cierto que es característica de Rusia! Y, después de todo, el programa se transmite en ruso, ¿no?

Si se le agrega a todo esto el hecho de que las transmisiones se presentan en un lenguaje difícil de reconocer como ruso (lleno de errores gramaticales garrafales, sintaxis lamentable, mala pronunciación y acentuación incorrecta), se puede concluir razonablemente que se ha hecho un gran esfuerzo para alejar a los oyentes rusos de esta radio.

Estamos ante la utilización inepta del arma más poderosa que poseen los EE.UU. para crear un clima de comprensión mutua (o aún de una alianza) entre América y el oprimido pueblo ruso.

Debe decirse en honor a la verdad que las otras estaciones de radio que transmiten en ruso desde Occidente adolecen de fallas similares. La BBC también muestra una marcada tendencia a no ofender la sensibilidad de los comunistas y una comprensión superficial del pueblo ruso de hoy en día; esto conduce a una verdadera ineptitud para seleccionar lo que es genuinamente importante para sus radioescuchas y muchas valiosas horas de transmisión se ven ocupadas por una charlatanería tan vacua como despreciable.

## CAPÍTULO VIII

### LO QUE TRATE DE HACER CON MI “CARTA A LOS LÍDERES SOVIÉTICOS”

La masa humana multinacional confinada hoy en día a los

límites de la Unión Soviética enfrenta sólo dos posibilidades: una brutal evolución del imperialismo comunista con la subyugación de muchos países del mundo, o bien una renuncia a la ideología comunista y una conversión al camino de la reconciliación, al amor de la patria y al cuidado del pueblo.

Como ruso no encuentro gran consuelo en la idea de que el comunismo soviético pueda eventualmente sufrir una gran derrota al optar por el primero de los caminos y que un cierto número de sus jerarcas (aquellos que fracasasen en sus intentos de fuga) se vean enfrentados a un tribunal militar en escala similar al de Nüremberg. No hay ningún consuelo en esta idea toda vez que el costo de vidas humanas para este tipo de salida sería muy gravoso para el afligido y engañado pueblo ruso.

¿Pero entonces, cómo hacer viable la segunda alternativa? Resulta extraordinariamente difícil lograr semejante objetivo con fuerzas tan débiles e indigentes, solos, en medio de las condiciones impuestas por la dictadura comunista, especialmente mientras el resto del mundo, en su ceguera, muestra poca simpatía para con nuestros intentos de liberarnos del comunismo y, en el mejor de los casos, se lava las manos en todo el asunto.

Cuando llegué a comprender este problema, decidí hace siete años tomar un curso de acción que estaba dentro de mis limitadas posibilidades: escribí mi *Carta a los Líderes Soviéticos* en la que los llamé a renunciar al delirio comunista y a que se pusieran a administrar el poder en favor de su propio y devastado país<sup>16</sup>. Desde luego, las posibilidades de que dicha carta tuviera éxito eran nulas, pero mi objetivo era el de plantear la cuestión de manera pública y ruidosa. Si no los actuales líderes, quizás alguno de sus sucesores tomara nota de mis proposiciones. En la *Carta* traté de formular una política nacional que podría implementarse sin quitarle poder a los encumbrados gobernantes comunistas. (Ciertamente que no hubiera sido realista esperar que ellos renunciaran a su poder personal). Propuse que descartaran la ideología comunista, por lo menos durante algún tiempo. (Pero, ¡cuán doloroso sería renunciar a semejante arma en tanto y en cuanto es precisamente a la ideología comunista a lo que Occidente cede con tanta presteza!)

En el área de la política exterior, mi proposición anticipaba las siguientes consecuencias: No debíamos “preocuparnos con la suerte que se corría en otros hemisferios”, debíamos “renunciar a misiones irrelevantes e imposibles como las de dominación mun-

<sup>16</sup> La *Carta* fue enviada a sus destinatarios en septiembre de 1973. El texto ruso y su traducción al inglés fueron publicados en 1974.

dial”, renunciar “a nuestras aspiraciones en el Mediterráneo” y “abandonar la financiación de los revolucionarios sudamericanos”. Debía dejarse al Africa en paz; se retirarían las tropas de Europa Oriental (de manera que los regímenes títeres fueran dejados a enfrentarse a sus pueblos sin el apoyo de las divisiones soviéticas); ninguna nación periférica sería obligada a permanecer dentro de los límites de nuestro país; la juventud rusa sería liberada del servicio militar universal y obligatorio. Como escribí entonces: “Los requerimientos del crecimiento interno son incomparablemente más importantes para nosotros, el pueblo, que la necesidad de expansión de poder alguna”.

La reacción de los destinatarios de mi proposición no fue demasiado sorprendente: ni se mosquearon. Pero la reacción de la prensa occidental, y en particular americana, simplemente me dejó asombrado. Mi programa fue calificado como conservador, retrógrado, aislacionista, y ¡como una tremenda amenaza para el mundo! Parecería que la conciencia occidental se ha debilitado de tal manera por décadas de capitulaciones que cuando la Unión Soviética, después de apoderarse de la mitad de Europa, se aventura en Asia y Africa, que esto, digo, concita respeto: no debemos hacerlos enojar, debemos tratar de encontrar un lenguaje común con estas fuerzas progresistas. Pero cuando llamé a un inmediato cese de toda agresión, y de toda intención agresiva, cuando propuse que todos los pueblos que así lo quisieran, pudieran segregarse, y que la Unión Soviética debía ocuparse de sus problemas domésticos, esto se interpretó y aún se proclamó ruidosamente como un aislacionismo reaccionario y peligroso.

Pero, por lo menos, uno tendría que poder trazar una distinción entre el aislacionismo del defensor principal del mundo (los Estados Unidos) y el aislacionismo del principal de los agresores del mundo (la Unión Soviética). El retiro del primero ciertamente sería un peligro grande para el mundo y la paz en general, mientras que, en cambio, el retiro del segundo sería muy beneficioso. Si las tropas soviéticas dejaran de seguir invadiendo el escenario mundial (y, hoy en día, también las de Cuba y Viet-Nam, cuando no las de China), si estas tropas, digo, volvieran a su casa, ¿a quién pondrían en peligro? ¿Hay alguien que pueda explicármelo? Al día de hoy sigo sin entenderlo.

Por lo demás nunca propuse ninguna suerte de aislacionismo total (que incluyera lo cultural y lo económico, por ejemplo), ni llamé a Rusia a segregarse como si no hubiera nadie más en el globo. A mi nación —un organismo gravemente enfermo después de sesenta años de comunismo y sesenta millones de víctimas (sin contar las víctimas de guerra)— le ofrecí el único consejo que podía ofrecérsele a alguien de tal manera postrado: dejen de

utilizar la valiosa fuerza que les queda en pelear contra pueblos sanos; concéntrense en vuestro propio restablecimiento guardando cada gramo de energía para este propósito. "Que encontremos fuerza, sensatez y coraje para poner orden en nuestra propia casa antes de ocuparnos de los problemas del resto del planeta"; "la salud física y espiritual del pueblo debe ser el objetivo". Imaginaba un ascenso desde el abismo material y moral en que se encuentra el pueblo hoy en día. Debía preservarse a los chicos del bombardeo ideológico, las mujeres debían ser protegidas de los trabajos físicos excesivos, los hombres salvados del alcohol, y la naturaleza protegida del veneno; debía restaurarse la crianza familiar de los hijos; los colegios debían mejorarse y salvarse la misma lengua rusa antes de que fuera destruida por el sistema comunista. Para lograr todo esto, se necesitarían unos 150 a 200 años de paz exterior y paciente concentración sobre los problemas internos. ¿A quién podría poner en peligro semejante proyecto?

Pero esta carta fue genuinamente dirigida a gobernantes muy reales que poseen un poder inconmensurable, y estaba claro que lo más que podía esperarse eran algunas concesiones de su parte, ciertamente que no una capitulación: ni elecciones generales libres ni un cambio completo (o aún parcial) de los líderes podía razonablemente esperarse. Lo máximo que pedía era un renunciamiento de la ideología comunista y algunas de sus consecuencias más crueles, como para dejarle un poco de espacio al espíritu nacional, puesto que a lo largo de la historia sólo los individuos con conciencia nacional han podido contribuir con ideas constructivas a la sociedad. Y el único camino que aleja del precipicio helado del totalitarismo que se me ocurría era la suave y gradual reforma a través de un sistema autoritario. (Si un pueblo sin preparación fuera a saltar el abismo hacia la democracia sería aplastado y reducido a una anárquica pulpa). Este "autoritarismo" mío también me valió caer bajo el fuego de la prensa occidental.

Pero en la *Carta* calificué entonces este concepto: "un orden autoritario fundado en el amor de uno por su congénere"; "un autoritarismo con una base firme en leyes que reflejen la voluntad de la gente"; "un sistema pacífico y estable" que no "degenere en arbitrariedad y tiranía"; una renuncia "de una vez para siempre a la violencia psiquiátrica y a los juicios secretos y a esa trampa brutal e inmoral que son los campos de concentración"; la tolerancia para todas las religiones; "un arte y literatura libres y la publicación de libros sin censura". Dudo que persona alguna pueda ofrecer medidas transitorias mejores que estas para cuando emerjamos de la prisión.

En cuanto concierne a la cuestión teórica acerca de si Rusia

debería elegir o rechazar el autoritarismo en el futuro, no tengo opinión definitiva y no he formulado ninguna sobre el particular. Mi crítica de ciertos aspectos de la democracia es muy conocida. No creo que la voluntad del pueblo inglés fue implementada cuando durante años Gran Bretaña fue debilitada por un gobierno Laborista ... elegido por sólo el 40 % de los votantes. Ni creo que fuera servida la voluntad del pueblo alemán cuando el bloque izquierdista tenía la mayoría de un escaño en el Bundestag. Ni creo que se sirva a una Nación en la que la mitad del electorado se encuentra tan desilusionado que permanece lejos de las urnas. No puedo contar entre las virtudes de la democracia su impotencia respecto de pequeños grupos de terroristas, su inhabilidad para impedir el crecimiento del crimen organizado, o de controlar las ganancias ilimitadas a expensas de la moral pública. Y quisiera dejar constancia de que el terrorífico fenómeno del totalitarismo que ha nacido en nuestro mundo tal vez en cuatro oportunidades, no brotó de sistemas autoritarios sino que en cada caso lo hizo de una débil democracia: la creada por la Revolución de Febrero en Rusia, las Repúblicas de Weimar y la Italiana, y la de Chiang Kai Sek en China. La mayor parte de los gobiernos en la historia de la humanidad han sido autoritarios, pero tienen todavía que dar a luz a un régimen totalitario.

Nunca traté de analizar toda esta cuestión en términos teóricos ni intento hacerlo ahora, pues no soy ni un estudioso de la Ciencia Política ni un político. Soy simplemente un artista desolado por los tan dolorosamente claros acontecimientos y por la crisis de nuestro tiempo. Y en cualquier caso el problema no puede ser, me parece, resuelto en ningún debate periodístico o consejo apresurado, aun cuando fuera reforzado por la contribución de académicos en la materia. La respuesta únicamente puede surgir de un desarrollo orgánico de la experiencia nacional acumulada, y debe ser libre de toda coerción.

Aquí quisiera yo, una vez más, solicitar respetuosamente a los académicos que siempre le han asignado varias facetas y matices únicos e irrepetibles a los desarrollos culturales de las más pequeñas naciones de Africa o Asia, igual consideración para el pueblo ruso. Querría solicitar igual trata para el pueblo ruso, y que no se nos dicte lo que tenemos que hacer, así como no se lo hace con Africa. El pueblo ruso tiene una historia de 1.100 años ... más larga que la de muchos de sus impacientes tutores. A lo largo de este largo periodo los rusos han creado un gran depósito de conceptos sociales tradicionales que no debieran ser descartados despreciativamente por los observadores foráneos. He aquí algunos

Es pot...  
ruso

ejemplos. La concepción rusa tradicional de justicia (pravda)<sup>17</sup> era entendida como justicia en su sentido último. Era un concepto más bien ontológico que jurídico, algo dado por Dios. La idea social era la de vivir justamente (*pravedno*), esto es, de vivir en un plano moral mucho más elevado del que concebiblemente pudiera exigir sistema legal alguno. (Esto significa que, por supuesto, no todos viven a la altura de semejantes preceptos, pero el ideal era universalmente aceptado). Varios proverbios rusos reflejan tales afanes:

El mundo entero pesa menos que una palabra justa (*odno slovo pravdy*).

El Señor vive en la justicia (*v pravde*), no en la fuerza.

Si todos los hombres vivieran justamente (*po pravde*), no sería necesaria ley ninguna.

De acuerdo a otro concepto tradicional ruso, la verdad no puede ser determinada mediante el voto, desde que la mayoría no necesariamente tiene mayor visión de la verdad (y lo que sabemos acerca de la psicología de masas sugiere que muy frecuentemente sucede al revés). Cuando los representantes de la nación entera se reunían para decisiones importantes (las así llamadas Asambleas de la Tierra), no había votación alguna. Se buscaba la verdad mediante un largo proceso de mutua persuasión, y se la determinaba cuando finalmente se lograba un acuerdo general. Si bien la decisión de la Asamblea no era legalmente compulsiva para el Zar, moralmente era incontestable. Desde esta perspectiva, la creación de partidos, esto es, de segmentos o partes que pelean por intereses parciales a expensas de los otros segmentos del pueblo, parece un absurdo. (En verdad es esto indigno de la humanidad, por lo menos lo que potencialmente se le puede pedir a la humanidad).

No es por virtud de ningún accidente que el poderoso régimen ante el que tiembla el mundo (incluyendo los líderes de los países libres de Occidente, sus legisladores y periodistas) no ha hecho ningún esfuerzo mayor que el desplegado para erradicar a lo largo de sesenta feroces años todo vestigio de Cristiandad... la cosmovisión del país subyugado. ¡Y sin embargo se ha demostrado que han sido incapaces de destruirlo!

Y en este mismo instante, los últimos informantes se apresuran a persuadir a Occidente que este Cristianismo siempre vivo es en realidad el peligro más grande.

<sup>17</sup> En ruso moderno esta palabra significa "verdad". En Rusia medieval, el término significaba "justicia", "derecho", así como también "ley" en sentido lato. El primer código de leyes ruso (s. xi) se llamó *Pravda Russkaya*.

## CAPÍTULO IX

### ALGUNAS PALABRAS DE EXPLICACION

Cualquier declaración pública con implicancias sociales o políticas despierta siempre muchos comentarios, muchos de los cuales son sobrios y escrupulosos; pero las reacciones distorsionadas son invariablemente las más oídas, consiguen siempre la primera plana de los medios (históricamente formuladas) y tratan de imprimirse en la memoria, no sin ocasionales éxitos. Mi estilo de vida, mis hábitos de trabajo y principios de conducta usualmente me impiden ocuparme de responder a toda esa cacofonía. Pero ahora que me he ocupado de algunos temas de cierta trascendencia, querría comentar brevemente algunas de estas distorsiones.

A propósito de mi *Carta a los Líderes Soviéticos* y en otras oportunidades desde entonces, se me ha acusado repetidamente de abogar en favor de un estado teocrático, un sistema en el que el gobierno estaría bajo el control directo de los líderes religiosos. Esta es una interpretación flagrantemente errónea; jamás he dicho ni escrito cosa semejante. La actividad diaria de gobernar no pertenece en ningún sentido a la esfera de la religión. Lo que sí creo es que el estado no debiera perseguir a la religión y que, lo que es más, la religión debiera contribuir apropiadamente a la vida espiritual de la nación. Semejante estado de cosas se verifica en Polonia e Israel y nadie lo condena; no puedo entender por qué la misma cosa tiene que ser prohibida en Rusia... una tierra que ha llevado su fe durante diez siglos y que se ha ganado ese derecho mediante sesenta años de sufrimiento y el derramarse de sangre de millones de laicos y decenas de miles de clérigos.

Al mismo tiempo se me acusó de propiciar alguna forma de "vuelta hacia atrás"; uno debe creer que un hombre es un tonto para atribuirle el deseo de moverse contra el curso del tiempo. Se alegó que yo estoy pidiéndole a la futura Rusia una "renuncia a la tecnología moderna". Otro invento: en realidad yo había llamado al logro de una tecnología "altamente desarrollada", bien que "en una escala pequeña y no gigantesca".

El camino que propongo fue debidamente formulado en la conclusión de mi discurso de Harvard y puedo repetirlo aquí mismo: no hay ningún otro camino que el de salir hacia arriba. Creo que el siglo XX en su pródigo materialismo nos ha mantenido demasiado tiempo en un estado sub-humano... a algunos mediante la superabundancia y a otros mediante el hambre.

El discurso de Harvard me trajo una catarata de respuestas y ecos favorables por parte del público americano en general (algunos de los cuales encontraron el camino hasta los diarios). Por

esa razón no me perturbó la explosión de reproches que me llovió desde una prensa encolerizada. No esperaba que fuera tan poco receptiva a la crítica: se me llamó fanático, un hombre poseído, una mente esquizofrénica, un cínico, un beligerante resentido; inclusive se me dijo que debía, simplemente, “abandonar el país” (una manera muy fina de aplicar el principio de la libertad de opinión, pero que resultaría difícil de distinguir de la práctica soviética). Hubo preguntas indignadas sobre cómo me atrevía a utilizar la frase “nuestro país” en referencia al que me había desterrado. (El punto es, desde luego, que me había deportado el gobierno comunista y no Rusia). Richard Piepes trajo a colación “la libertad de opinión que tanto irrita al Sr. Solzhenitsyn”. En realidad, se había dicho de manera sencilla y asequible a cualquiera que no tenía en mente la libertad de opinión sino solamente el abuso irresponsable e inmoral de esta libertad.

Pero la acusación más difundida fue que yo había “llamado a las puertas de Occidente” para liberar a nuestro pueblo del comunismo. Esto no podría sostenerse seriamente por ninguna persona que hubiere hecho un esfuerzo de concentración al leer y tratar de comprender el texto de mi discurso. Jamás hice apelación semejante, ni en Harvard ni en ningún otro lugar. En verdad, nunca solicité la ayuda a un solo gobierno o parlamento occidental. Siempre he sostenido que nosotros nos liberaríamos, que es nuestra tarea, por difícil que sea. Al mundo occidental no he solicitado más que una sola cosa a la par de ofrecer un solo consejo. Primero, la solicitud: por favor, no nos fuercen hacia las garras de la dictadura, no traicionen a millones de nuestros compatriotas como lo hicieron en 1945, y no utilicéis vuestros recursos tecnológicos para fortalecer aún más a nuestros opresores. Y el consejo: tened cuidado, no sea que vuestra retirada os lleve a un precipicio del cual no podréis salir.

Después del discurso de Harvard algunos periodistas me preguntaron con fingido asombro cómo podía yo defender “el derecho a no saber”. Como una regla, recortaban la cita omitiendo “para que sus almas divinas no sean intoxicadas con charlatanerías, boberías y vanidades”. Mi respuesta se encuentra debidamente formulada en ese pasaje omitido. Me apuntaban con tono de reprimenda que este Solzhenitsyn es el mismo que cuando estaba en la U.R.S.S. luchaba por el derecho a *saber*. Sí, en verdad que luché por el derecho a que el mundo supiera . . . lo del Archipiélago Gulag, lo de la resistencia popular al comunismo, los millones de muertos, la hambruna de 1933 y la traición de 1945. Pero a nosotros, los que vivimos todos esos años luctuosos . . . se nos hace cuesta arriba cuando oímos a la prensa ofrecernos detalles sobre la operación de un testículo sufrida por un ex Primer Ministro

Británico, el tipo de frazada que usa Jacqueline Kennedy o la bebida favorita de alguna estrella del rock.

Un malentendido más serio surgió a propósito de un párrafo en el que dije que la mortífera presión en la vida diaria en el Este ha desarrollado una mayor profundidad de carácter de los que así viven, en comparación con la ordenada vida en Occidente. Algunos comentaristas despistados interpretaron esto como un elogio de las virtudes del comunismo y una afirmación de la superioridad espiritual del sistema soviético. Por supuesto que no quería decir cosa semejante. No hay verdad más antigua que la que asevera que la fortaleza de carácter proviene del sufrimiento y la adversidad. Oprimidos como están por una constante pobreza, resulta inevitable que mucha gente se encuentre aplastada, degradada, pervertida o deshumanizada. Pero el mal que se derrama abiertamente sobre los hombres corrompe de manera menos insidiosa que la variante seductora y furtiva de ese mismo mal. Una opresión directa puede dar lugar también a un proceso contrario ... un proceso de ascenso espiritual y aun de vuelo a las alturas. Las caras rusas raramente tienen una sonrisa de circunstancia, pero somos más generosos en la ayuda y soporte mutuo. Todo esto se hace de manera voluntaria e informal, y tales sacrificios no son deducibles impositivamente ... en verdad que no existe siquiera semejante sistema en nuestro país. Asumir riesgos en beneficio de otros es parte del clima moral en que vivimos, y he tenido la oportunidad de ver en más de una oportunidad el modo en que gente de Occidente se transforma después de vivir y trabajar durante un largo período en condiciones soviéticas. Se dijo por allí que un lector americano le había ofrecido cien dólares a sus hijas a cambio de que leyeran el segundo volumen del *Archipiélago Gulag* ... y que las chicas se negaron. En nuestro país, por el contrario, la gente lo lee aún arriesgando la prisión. O compárese a dos jóvenes: uno, un cobarde terrorista que en Europa Occidental se dedica a arrojar bombas contra ciudadanos pacíficos y un gobierno democrático y, de otra parte, un joven disidente en Europa Oriental que da un paso adelante y se enfrenta al dragón comunista, con las manos vacías. Compárese también a los jóvenes americanos ansiosos de evitar el reclutamiento con los jóvenes soldados soviéticos que se negaron a disparar sobre los insurgentes —en Berlín, Budapest o Afganistán— y que eran sumariamente ejecutados (¡como ellos mismos sabían que debía ocurrir!).

No imagino salvación posible para la humanidad fuera del ejercicio universal de la autolimitación de los individuos y los pueblos. Ese es el espíritu del que está imbuido el renacimiento religioso y nacional actualmente en curso en Rusia. Es algo que formule como mi creencia fundamental en un ensayo titulado

“Arrepentimiento y Auto-limitación en la Vida de las Naciones”, publicado hace cinco años en América<sup>18</sup>. Por alguna razón mis oponentes evitan su mención y su cita.

No hace mucho, *The New York Review of Books* apareció con un titular prominente y ominoso: “Los peligros del nacionalismo de Solzhenitsyn”. Pero ni la revista ni sus informantes tuvieron la lucidez de indicar en el ensayo así publicitado en qué consistían exactamente esos peligros. Pues bien, les ayudaré con algunas citas de mis escritos publicados.

De mi *Carta a los Líderes Soviéticos*:

“Le deseo el bien a todos los pueblos, y cuanto más cercanos y dependientes de nosotros, más ferviente es mi deseo” (pág. 7).

“Uno simpatiza terriblemente con el Chino del común también, porque ellos serán las víctimas más inocentes de la guerra” (pág. 16).

De mi ensayo “*Arrepentimiento y Auto-limitación*”:

“Tendremos que encontrar dentro nuestro la resolución... para reconocer nuestros pecados *externos*, aquellos cometidos contra otros pueblos” (pág. 128).

“Con respecto a todos los pueblos dentro y fuera de nuestras fronteras que han sido forzados dentro de nuestra órbita, sólo podremos purgar nuestra culpa dándoles una genuina libertad para que decidan su futuro por ellos mismos” (pág. 135).

“Así como es imposible construir una buena sociedad cuando la relación entre la gente es mala, nunca habrá un mundo bueno mientras haya naciones en malos términos entre sí que secretamente abrigan el deseo de la venganza... Entre los Estados la regla moral que rige para los individuos también se adoptará... no hagas a los demás lo que no querrías que te hicieran a ti” (págs. 134-137).

Así que allí tienen el peligro del nacionalismo de Solzhenitsyn. Esta es la amenaza de un resurgimiento religioso y nacional de Rusia.

## CAPÍTULO X

### A UN PASO DEL PRECIPICIO

Hoy Afganistán, ayer Checoslovaquia y Angola, mañana alguna nueva invasión soviética... sin embargo, aún después de todo esto, ¡qué bueno sería seguir creyendo en la distensión! ¿Se podrá creer que todo terminó? “Pero acaso, ¡los líderes soviéticos no la han repudiado! Brezhnev fue muy claro sobre el particular:

<sup>18</sup> Incluido en *From under the Rubble*, Boston-Toronto, Little, Brown, 1975.

estaba en *Pravda* (!)" (Así Marshal Shulman y otros expertos de parecer semejante).

Sí, en efecto, los líderes soviéticos están muy dispuestos a continuar con la détente, ¿por qué no iban a estarlo? Esta es la misma distensión en la que Occidente se solazaba tan contento mientras se exterminaba a millones de personas en las selvas de Camboya. La misma distensión que tanto alegraba los corazones occidentales mientras mil hombres, incluyendo niños de doce años, eran ejecutados en un pueblo afgano. (¡Y ciertamente que no se trataba de un caso único!). Nosotros los rusos inmediatamente reconocemos un episodio de estos. ¡Es la manera soviética de hacer las cosas! ¡Esa es la manera en que nos masacraron a nosotros también a partir de 1918!

La distensión continuará sosteniendo al comunismo soviético en su marcha veloz: para aplastar el último amago de disidencia en la Unión Soviética y para comprar el equipo electrónico que resulte necesario.

Occidente simplemente no quiere creer que ha llegado el tiempo de hacer sacrificios: simplemente no está preparado para sacrificios. Hombres que continúan comerciando inclusive hasta los primeros disparos son incapaces de sacrificar aún sus beneficios comerciales: no tienen la lucidez de darse cuenta que sus hijos no se beneficiarán jamás con sus rentas, que las ilusorias ganancias de hoy volverán mañana en forma de devastación. Los aliados occidentales maniobran para ver quién sacrifica lo menos posible. Detrás de esto yace el secreto dios de la opulencia, ahora proclamado como el objetivo de la vida, reemplazando las altas miras y cosmovisión que ha perdido Occidente.

Jamás se detendrá al comunismo mediante negociaciones o maquinaciones de distensión. Sólo se lo puede detener a la fuerza desde afuera o por su desintegración interior. La suave y fácil pendiente de la larga retirada occidental no podrá continuar indefinidamente, y está llegando a su final; tal vez no se ha llegado aún al precipicio, pero ya no está a más de un paso. Como no se defendió jamás a las fronteras lejanas habrá que defender las más cercanas. Hoy el mundo occidental enfrenta un peligro mucho mayor que el que se cernía en 1939.

Sería desastroso para el mundo si América fuera a mirar al liderazgo de Peking como un aliado mientras continúa considerando al pueblo ruso como un enemigo igual al comunismo: haciendo eso llevaría a estas dos grandes naciones al piélago comunista, para después arrojarse a su turno en él. Privaría así a estos dos grandes pueblos de la última esperanza de una liberación. Los incansables detractores de Rusia y de todo lo ruso se

están olvidando de controlar sus relojes: todos los errores de América y sus falsas concepciones acerca de Rusia pueden haber sido puramente académicos en el pasado: pero ya no en el mundo veloz de hoy en día. En la víspera de la batalla global entre el comunismo mundial y el resto de la humanidad, uno querría que por lo menos Occidente pudiera distinguir entre los enemigos de la humanidad y los que son sus amigos, y que buscara aliarse con sus amigos y no con sus enemigos. Se ha cedido tanto, se ha rendido, negociado tanto que hoy en día aún un mundo occidental completamente unido ya no puede prevalecer excepto mediante la alianza con los pueblos cautivos del mundo comunista.  
Vermont, febrero de 1980

ALEKSANDR SOLZHENITSYN

Traducción: Sebastián Randle

---

---

## REVISTAS RECIBIDAS

ROMA AETERNA, Nos. 98 y 99, Buenos Aires, 1987.

STROMATA, Nº 3/4 Julio-Diciembre de 1986 y Nº 1/2 Enero-Junio de 1987, Editada por las Facultades de Filosofía y Teología de la Universidad del Salvador. AG ISSN 0049-2353.

PAIDEIA CRISTIANA, Nos. 4 y 5, Ed. Profesorado Salesiano San Juan Bosco, Rosario, Rep. Argentina, 1986 y 1987.

L'HOMME NOUVEAU, Nos. 912 a 925, Paris, Francia. ISSN 0018-4322.

LECTURES FRANÇAISES, Nos. 359, 360 y 361, Mars, Avril y Mai 1987, Bordeaux. ISSN 0024-0133.

ARCHIVO TEOLOGICO GRANADINO, Vol. 49, 1986, Ed. Centro de Estudios Posttridentinos de la Facultad de Teología de la Compañía de Jesús de Granada, España.

SOCIÉTÉ AUGUSTIN BARRUEL, Sommaire Nº 15, Ed. Centre d'Etudes et Recherches sur la Penetration et le Developpement de la Revolution dans le Cristianisme, Lyon, 1987.

AICA, Doc. 175, *Una consideración ética de la deuda internacional*, Pontificia Comisión "Iustitia et Pax", 1987.

AICA, Doc. 176, *Instrucción sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación*, Congregación para la Doctrina de la Fe, 1987.

AICA, Doc. 177, *Iglesia en la Argentina, ¡levántate!*, LIV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Argentina, 1987.

LECTURE ET TRADITION, Nº 122, *Sa Sainteté Pie XII*, Nov.-Dec. 1987, Chiré-en-Montreuil, Vouillé.

LECTURE ET TRADITION, Nº 123, *Philippe Petain*, Maréchal de France, Janvier-Février 1987, Chiré-en-Montreuil, Vouillé.